

"LOS MARTIRES TE HACEN VER LO ESENCIAL"

Entrevista de José Argüello a
Chantal Bianchi

Hace cuatro años, Chantal llegó a Nicaragua junto a su compañero, Mauricio Demierre, con quien compartió una intensa experiencia de apoyo al campesinado en la zona norte de Chinandega. En Suiza, Chantal trabajaba como maestra de música y danza y se dedicaba a la animación de grupos juveniles cristianos. El 16 de febrero un acontecimiento brutal trastocó su vida: Mauricio cayó asesinado por los contrarrevolucionarios del FDN, en compañía de mujeres y niños nicaragüenses masacrados en las proximidades de Somotillo. A raíz de su muerte, Chantal se desplazó a Europa y su admirable testimonio conmovió a toda Suiza. En el norte los campesinos aprecian la ternura de Chantal, su pasión por la vida, su alegría y su entrega a la causa de los pobres. Ambos fueron miembros de "Hermanos sin Fronteras", una organización cristiana de Suiza, cuyo nombre han traducido en vida y testimonio evangélico.

-Chantal, me interesa sobre todo tu experiencia religiosa, tu experiencia de fe a raíz de la muerte de Mauricio. Me decías el otro día que cuando supiste de su muerte se abrió en ti un espacio de renacimiento, un espacio de resurrección. ¿Podrías profundizar en eso?

-Hay momentos en la vida que son absolutamente imprevisibles y que nos hacen crecer o sucumbir. Uno nunca puede prepararse para tales momentos de prueba y de dolor. Es cierto que hay un camino previo que le da a uno pautas y en el que realizamos descubrimientos,

pero en definitiva esos momentos nos cogen siempre de sorpresa. Cuando me dijeron que Mauricio había muerto, sentí que se abría en mí un espacio nuevo, algo tremendo que partía en dos mi cuerpo y que se expandía... Comprendí que allí donde está la muerte, está también la vida, y que donde se juntan la vida y la muerte está el renacimiento y la resurrección. Lo sentí físicamente y no lo puedo expresar de otro modo.

Cuando fui a ver la camioneta ametrallada, todavía estaban las tres mujeres ensangrentadas y muertas en la tina del vehículo; luego me acerqué adonde estaba Mauricio. "¡Pobrecito!" le dije al verlo ensangrentado, pero sentí enseguida que él ya no estaba en ese cuerpo inerte, en ese cuerpo que había sido vehículo de su vida. Mauricio ya no estaba allí. Le pedí a Dios que Mauricio no se fuera tan lejos, que me cogiera de la mano y que no me dejara de viaje solita. Y desde entonces siento una paz bien profunda que me llena, que me está llenando siempre que pienso en Mauricio, mi compañero, porque su muerte fue coherente con el compromiso que él llevó en su vida para con los pobres. El estaba dispuesto a darlo todo, todo, hasta la última gota de su sudor para construir la paz y brindarle así algo como ofrenda al Dios de la Vida. Mauricio me decía siempre que él estaba seguro que la muerte era realmente la liberación, porque sentía en carne propia lo injusto de nuestra realidad de dominación. "¡Hasta cuándo vamos a tener que aguantar esto en el mundo!" me decía.

Comprendo ahora que todos nuestros mártires son una herramienta privilegiada de Dios para revelarse a su pueblo. El pueblo de Nicaragua y todos los otros pueblos oprimidos están siendo sazonados en la sangre de sus mártires, y esta sangre justa e inocente desenmascara el pecado, la injusticia del pecado. Y ese mensaje es tan fuerte para nosotros los que quedamos, que debemos ser todavía más firmes en defender la vida. Porque el sufrimiento que causa ese proyecto de muerte al estrangular y violar nuestras vidas nos hace entrar en un proceso de purificación. Los mártires están llamados a purificarte en el sentido de que te hacen ver lo esencial y de que te hacen poner allí toda tu fuerza. Y lo esencial en este caso es justamen-

te la defensa de la vida, el derecho de todos a vivir, la conciencia de vivir para esa vida, para que todos la tengamos en abundancia. Y en esto se nos está revelando Dios, purificándonos y transformándonos en testigos de su mensaje.

¿Sabes? Los mártires viven en nuestras conciencias y en nuestros corazones; ellos están allí donde la miseria y la opresión parecen ser más fuertes que toda esperanza y sin embargo el Espíritu sopla y los pueblos se levantan y luchan. Mauricio está hoy en Chile, El Salvador, Filipinas, Haití, Guatemala, Brasil; Mauricio está entre nuestros guardafronteras y allí donde nosotros conscientemente luchamos y damos nuestro testimonio de fe. Los mártires están donde parece que todo se ha acabado y de pronto surge de la nada una fuerte urgencia de vida, un grito profético; ahí donde se juega algo muy importante para el Reino; donde se da un cambio a favor del pobre y del oprimido.

-¿Cómo reaccionó el pueblo suizo ante tu testimonio?

-Hablé en Suiza con todo tipo de personas: en encuentros de solidaridad, en la radio, la prensa y la televisión; hablé también con gente sencilla que me abordaba. Yo me sentía realmente como embajadora del pueblo de Nicaragua, como una más de entre la mayoría de los pobres y mi voz debía ser la de este pueblo. Me sentía realmente como instrumento de la voluntad de Dios para encaminar la historia de liberación hacia el Reino. Tenía lucidez sobre la confluencia de dos voluntades: la voluntad de Dios y la mía propia, mi voluntad de ser testigo y embajadora de un proyecto de vida. A veces, sí, sentía dudas; temía no encontrar las palabras adecuadas, perderme; hubo momentos en que me resistía a hablar y deseaba huir. Una vez, antes de comenzar un acto en una Iglesia, recé, pero al invocar la presencia de Mauricio, sentí un vacío y no lo encontré. "¿Cómo voy a hablarle a esta gente -pensé- si ya ni siquiera siento su presencia?". Sin embargo, una fuerza me empujó al comenzar a hablar; era como si yo fuese una ventana a través de la cual soplaba un viento muy fuerte que sacudía a la gente. Este mismo fenómeno se repitió siempre: la gente escuchaba muy receptiva.

En París, después de un día agotador, lleno de entrevistas, tenía que dar un testimonio. Ahí comprendí lo que es la profecía. Sentí que me atravesaba una fuerza que no era la mía, era la fuerza del pueblo y la del Dios de la Vida; después de la celebración salí corriendo, porque la gente lloraba. Tres hombres querían decirme algo y no pudieron, porque me escabullí al servicio. Allí lloré y le grité a Dios: "¡Estás loco al utilizarme así!"... Contemplé el poder y la grandeza de Dios y yo me sentí chiquita y mala. Entendía en ese momento por qué el pueblo de Nicaragua es un pueblo profético. Lo profético no puede ser profético si no es débil. Porque si yo soy fuerte, entonces puedo dominar por mi cuenta a la gente, pero si soy débil, Dios puede utilizarme. La experiencia de mi debilidad, de mi profunda debilidad, me hizo descubrir la fuerza que tenía. Precisamente por ser débil, el pueblo de Nicaragua tiene una fuerza impresionante, que va mucho más allá de los poderes de este mundo.

-¿Cómo ha repercutivo la muerte de Mauricio en tu vida de oración?

-Antes yo oraba solamente de vez en cuando, pero ahora la oración se ha convertido para mí en una necesidad. Grito a Dios mi dolor y le ofrezco la fuerza y energía que recibo; la voz profética que ha salido de mi boca, ese eco de la lucha del pueblo, me es devuelto por la gente transformada en fuerza y energía. ¡Muchas personas me comunican cosas tan privilegiadas acerca de sus descubrimientos más íntimos! Esto es para mí un regalo de Dios, que se me revela. No he descansado un solo día de ese encuentro con Dios y estoy muy desgastada, porque siempre es algo muy hondo, ya sea por el sufrimiento, ya sea por la alegría profunda que siento, así como por una nueva receptividad al Espíritu y al amor de Dios a través de las personas.

Empecé a leer los salmos diariamente; son oraciones privilegiadas para los pobres que viven la opresión, el dolor y el sufrimiento. Por primera vez en mi vida yo le grité a Dios que no estaba de acuerdo con El, porque yo no había escogido nada y todo esto me cayó encima. "Me pisoteaste y mi vida no te importó", le

digo. "¿Eres acaso un Dios que se queda mirando cuando se impone el proyecto de muerte?" ¡Odio a ese Dios que se queda mirando como espectador! ¿Y quiénes somos nosotros? ¡Simples seres humanos y yo una mujer, nada más una mujer! "¿Sabes lo que es ser una mujer?", le pregunto. Y en ese grito yo descubrí por primera vez la injusticia y el pecado que te cae encima. Me di cuenta de que había dejado de ser una privilegiada de los países ricos y dominantes del mundo, pasando a ser parte de la mayoría de los pobres, que son los privilegiados de Dios. Los pobres son los que nunca escogieron nada, aquellos a los que les cae encima la injusticia y el pecado; los que padecen las violaciones de la vida y aguantan los muertos; los que nunca escogieron su condición de pobres y tienen hambre y sed, y tienen que trabajar y joderse con sus manos y caminar por las montañas para tener una casita que se moja cuando llueve y donde los niños se enferman y nada pueden hacer. Y eso durante siglos enteros. ¿Y qué quiere decir eso: "ser privilegiada de Dios"? ¡Putá! ¡Solamente tiene sentido si aceptamos que la promesa de Dios es más real que este vaso que está ahora sobre la mesa!

